

morisca, pero sí existen indicadores de su desaparición: la presencia de los caballeros no convertidos entre las comunidades de mudéjares castellanos (cuya situación se deterioraría notablemente a partir de la Sentencia de Medina) y los indicios que demuestran la asimilación de los caballeros bautizados y de sus descendientes en las esferas de la sociedad castellana ocupadas por los cristianos viejos. La asimilación social y cultural se manifiesta en una serie de actitudes y costumbres cristianas que la autora ha podido documentar minuciosamente, sobre todo en torno a los ritos de nacimiento, matrimonio y muerte. Todos estos documentos cuidadosamente recogidos por Echevarría (y en particular los testamentos) suponen un testimonio de primera importancia a la hora de analizar las posteriores políticas de conversión y asimilación forzada del siglo XVI. En los casos de los numerosos caballeros moriscos incorporados a la sociedad castellana de manera satisfactoria (es decir, incluida la adquisición de una cierta posición social) esta asimilación fue facilitada por su relación con la élite cortesana, en un entorno cultural muy influido por la estética mudéjar y con no pocas costumbres comunes a cristianos y musulmanes. Su formación como jinetes bien adiestrados y su esmerada educación cortesana eran muy apreciadas en su sociedad de acogida. Pero fue así, sobre todo, porque los miembros de la guardia morisca fueron necesarios en su momento y cumplieron una función importante en el marco de las luchas internas castellanas. El libro termina con un copioso apéndice documental.

Se trata de un libro importante, bien argumentado y bien escrito. Merece no pasar desapercibido, cosa que puede suceder dada la limitada distribución de la mayor parte de las editoriales universitarias. Sin duda este riesgo quedará en parte paliado por su próxima aparición en Brill, traducido al inglés.

MERCEDES GARCÍA-ARENAL

DADSON, Trevor J., *Los moriscos de Villarrubia de los Ojos (siglos XV-XVIII). Historia de una minoría asimilada, expulsada y reintegrada*, Madrid, Iberoamericana-Vervuet, 2007, 1.328 pp.

La historiografía sobre los moriscos tiene fases de producción inusitada, otras en que se hace más escasa, pero es un río que no cesa, ese *río morisco* que titula un libro reciente de Bernard Vincent. En los últimos años, el interés de los estudiosos se ha centrado sobre todo en los moriscos granadinos y en los valencianos por un lado, y por otro en nuevas ediciones y estudios de literatura aljamiada. Por lo tanto, una producción centrada en los sectores más islámicos y menos asimilados de la población morisca, tan variada, a pesar de todo, en el tiempo y en el espacio. Una producción interesada principalmente por la diferencia, la especificidad, la identidad musulmana, por la represión y el conflicto, en último término, siempre más productor de dra-

matismo, más atractivo a veces, por su *pathos*, y más fácil de transmitir, de hacer llegar al lector. Desde luego, mucho más productora de documentación de archivo, que es lo que se necesita en primer lugar para escribir buenas monografías. La historiografía morisca reciente, que ha gravitado en buena parte en torno a la cuestión de la preservación de la identidad, estudia comparativamente poco la cuestión inversa, es decir, la del acceso al anonimato, a la indiferenciación total o parcial en la sociedad englobante. Por lo tanto el libro ahora reseñado es extraordinario e insólito. Y lo es por diversas razones: la primera, y más evidente, porque está dedicado a un sector poco atendido en la historiografía reciente, el de la población morisca de tierras castellanas; en particular, los moriscos de la villa manchega de Villarrubia de los Ojos, en un sorprendente nivel de asimilación e integración en su comunidad y en la cultura castellana y católica dominante. La segunda porque el estudio (lo anuncia el título) se prolonga hasta el siglo XVIII, algo que, tratándose de moriscos, es todo un programa. La tercera porque el autor no es historiador sino un estudioso de la literatura española del Siglo de Oro que se acerca a su tema de estudio un poco por casualidad y desde luego, con nuevos ojos y con otra voz. Dadson encontró de manera algo azarosa un tesoro de documentación del archivo de los condes de Salinas conservado ahora en Zaragoza: el archivo de la Casa Ducal de Híjar guardado en el Archivo Histórico Provincial de Zaragoza. Principalmente, los papeles de don Diego de Silva y Mendoza (1564-1630) hijo de la princesa de Éboli y conde consorte de Salinas, papeles que cubren todo el período de la expulsión. Y es ésa otra razón que hace al libro importante al mostrar, por primera vez, a una familia nobiliaria en Castilla empeñada en la defensa de sus moriscos, cosa que hasta ahora sólo pensábamos como fenómeno exclusivo del reino de Valencia. Es evidente la fascinación (casi la obsesión) que el autor ha sentido por esta documentación y su habilidad en sacarle partido. Dadson conoce (y nos hace conocer) a casi cada habitante de la villa durante tres siglos, sus familias, sus oficios, sus posesiones, sus conflictos. La manera en la que unos prosperaban, accedían a la educación, con quién se casaban. Me imagino a Dadson, metido en alguna máquina del tiempo y transportado a Villarrubia en algún momento de, por ejemplo finales del XVI; con qué soltura se movería por sus calles y caminos, cómo podría saludar a cada habitante por su nombre y preguntarle por sus asuntos, cómo disfrutaría visitando a tantos conocidos. Con minuciosidad de entomólogo y de microhistoriador, Dadson ha fundido casi tres libros, o cuatro, en uno extensísimo: una historia de la villa de Villarrubia de los Ojos desde el final de la Edad Media hasta mediados del siglo XVI en que se desgaja de los territorios de la Orden de Calatrava y pasa a formar parte del señorío de los condes de Salinas y Ribadeo, entre los cuales merece atención especial el mencionado don Diego de Silva y Mendoza. Una biografía de este personaje fascinante, político importante, poeta, cortesano, señor de vasallos, que desempeña un papel de primera importancia en la expulsión y en lo que pasó después, constituye

casi una monografía en sí misma. Su papel fue especialmente relevante en la defensa de los moriscos de su señorío en los años clave de 1609 a 1614. Por último, una historia de la comunidad morisca de Villarrubia de los Ojos, que constituía poco menos de la mitad de la población de la villa a finales del siglo XVI. Todo ello enhebrado en torno a la tesis principal del libro que queda perfectamente sustentada y es que los moriscos de Villarrubia llegaron a asimilarse a la cultura mayoritaria de tal manera que resistieron los intentos de expulsión y pudieron, después de diversos avatares cuidadosamente narrados por el autor, regresar y quedarse en Villarrubia. Para seguir los pasos de estos moriscos durante el resto del siglo XVII, Dadson dibuja, por último, la figura y los hechos del siguiente conde de Salinas don Rodrigo de Silva y Sarmiento, el famoso duque de Híjar, que acabó su vida encarcelado por su fallido intento de convertirse en rey de Aragón en 1648. Fue de gran importancia para los moriscos su presencia en la villa entre 1644 y 1645 cuando la Inquisición arremetió por última vez contra ellos. El libro es, sin duda, demasiado extenso, demasiado analítico: no perdona detalle documental e incluye citas literales demasiado largas de la bibliografía secundaria. Un buen editor (esa figura que raramente se encuentra en las editoriales españolas) habría podido fácilmente remediarlo. Porque el libro merece la pena y es altamente recomendable a pesar del esfuerzo que supone al lector enfrentarse a sus 1.328 páginas, aunque la monografía tan sólo ocupa 798, el resto son apéndices documentales.

Los moriscos de Villarrubia procedían de los mudéjares antiguos y se convirtieron voluntariamente al catolicismo, sin crear ningún tipo de problema, poco antes del decreto de conversión obligatoria de 1502, como todos sus circunvecinos, los habitantes de las otras villas del Campo de Calatrava (Almagro, Daimiel, Bolaños, Aldea del Rey). Vieron sin duda en esta conversión una ocasión de equipararse en derechos y privilegios con sus vecinos cristianos viejos, como así fue. De hecho, consiguieron privilegio de los Reyes Católicos, documento que esgrimirían frecuentemente en el siguiente siglo y medio cada vez que veían sus derechos mermados o puestos en cuestión y que se ocuparon de hacer refrendar por la reina Juana y por Felipe II. Este empeño es ya significativo de su capacidad de actuación y de defensa en la sociedad en la que vivían y del hecho de que tenían representantes, o una oligarquía, dispuesta a hacer valer los derechos de la comunidad. Dadson nos muestra la trayectoria de los moriscos de Villarrubia en el siglo XVI hacia una lenta, pero segura asimilación, hasta tal punto que la actuación de la Inquisición al respecto (y a diferencia de lugares vecinos, como Daimiel) fue casi inexistente. Serían una minoría cada vez más numerosa e importante económicamente, lo cual no pasó desapercibido, claro está, a los condes de Salinas. El peso económico de los moriscos se notaba en áreas distintas que Dadson ha podido reconstruir con asombroso detalle: el arrendamiento de los diezmos y rentas del conde, el control del pósito del pan, con una presencia mayoritaria en cañamares y hazas. Al mismo tiempo se pone de mani-

fiesto un creciente nivel cultural: el padrón de 1550 nos describe a una comunidad mayoritariamente compuesta de hortelanos, pequeños artesanos, labradores del campo. Cincuenta años más tarde se trata de una comunidad mucho más variada entre la que se encuentran escribanos, licenciados, bachilleres, curas, algún maestro de niños, un médico, mayordomos de rentas, varios soldados. Pero aún más sorprendente, se trata de una comunidad que participa activamente de la vida del pueblo ocupando los puestos de regidor, alcalde ordinario, procurador, alguacil y alcaide de la cárcel entre otros. Esto, en principio, es excepcional. Digo en principio, en cuanto a lo que hasta ahora sabemos, o sabíamos antes de leer este libro. Constituían, así, lo que podríamos llamar clase media en un entorno rural y contaban entre ellos con un grupo dirigente poderoso que ayudaría a los suyos a sobrevivir a los bandos de expulsión. Es decir, una comunidad en la que se habían creado nuevas élites, desprovistas totalmente de carácter religioso, no construidas en torno a alfaquies, por ejemplo. Este punto, a mi parecer, es uno de los más importantes de los muchos puestos de manifiesto por el libro reseñado. Pero hay más: los cristianos viejos de Villarrubia aceptaban como vecinos a los «cristianos nuevos». De hecho, una gran parte de ellos apoyó a los moriscos en sus esfuerzos por evitar el bando de expulsión que hasta 1611 y en virtud de los privilegios antes mencionados, pensaban que no les afectaba. En el verano de ese mismo año de 1611 fueron expulsados, primero a Madrid, donde doscientos de ellos ocuparon el palacio de Buenavista de los condes de Salinas con la connivencia del conde, en protesta por la medida e intentando convencer a las autoridades de ser eximidos del bando. Fue en vano. Fueron llevados a pie a Burgos y Vitoria, desde donde fueron expulsados a Francia. Por el mes de septiembre del mismo año habían regresado todos, hombres, mujeres y niños. Hubo dos intentos más de expulsión, en 1612 y 1613, que fueron ignorados por el conde de Salinas, las autoridades y los vecinos del pueblo, fueran cristianos nuevos o viejos. Las medidas no se cumplieron porque no contaron con la colaboración de nadie, señores, autoridades locales o vecinos. Y es que este libro también nos enseña mucho sobre la sociedad mayoritaria altomoderna, sin duda mucho más plural de lo que tendemos a pensar, y de los límites del ejercicio del poder «absoluto». Dadson da cumplida prueba a través de la estabilidad demográfica y económica del pueblo y de la permanencia de los nombres y apellidos de los moriscos que aquellos que no consiguieron evitar la expulsión regresaron a Villarrubia y a sus actividades de siempre, e incluso recuperaron mediante los tribunales sus bienes vendidos en el momento de la expulsión. Los apellidos permanecen a lo largo de todo el período estudiado, hasta bien entrado el siglo XVIII.

El libro reseñado es un estudio microhistórico y como tal, analiza y desmenuza en base a una documentación muy rica y densa, lo sucedido en un lugar muy pequeño. Y digo microhistoria y no historia local porque las cuestiones que plantea, las «excepcionalidades» que halla, se proyectan o deben proyectarse a toda la cuestión morisca. Parten desde el lugar estudiado en

ondas concéntricas y expansivas hasta el punto en que, partiendo de lo menor, ya no podemos ver lo mayor con los mismos ojos. Y así, ¿será realmente excepcional que las comunidades de cristianos nuevos se asimilaran, prosperaran, crearan sus propias y nuevas elites o participaran de las de la sociedad mayoritaria? ¿Será realmente excepcional que evitaran el bando de expulsión o que regresaran en masa los que habían sido expulsados? Este estudio, tan cuidadosa y minuciosamente documentado, nos obliga a plantearnos esas preguntas. No es posible que Villarrubia, ese lugar de la Mancha, fuera un lugar totalmente excepcional; tuvo necesariamente que haber otros que, reuniendo condiciones semejantes, siguieran aunque fuera parcialmente, la misma trayectoria. Lo que es excepcional en el caso de Villarrubia es que de él se haya conservado tal densidad y continuidad de documentación y que un estudioso lleno de curiosidad y de pasión, le haya dedicado los más o menos diez años que seguramente le ha llevado escribir este libro.

MERCEDES GARCÍA-ARENAL

GUADIX, Diego de, *Recopilación de algunos nombres arábigos que los árabes pusieron a algunas ciudades y a otras muchas cosas*, edición, introducción, notas e índices de Elena Bajo Pérez y Felipe Maíllo Salgado, Bibliotheca Arabo-Romanica et Islamica, vol. 3, Gijón, Ed. Trea, 2005, 1226 pp.

— *Diccionario de arabismos. Recopilación de algunos nombres arábigos*, estudio preliminar y edición de M.^a Águeda Moreno Moreno, prólogo de Ignacio Ahumada, Jaén, Universidad, 2007, xcv + 509 pp.

Tras más de cuatrocientos años inédita, esta obra de Fray Diego de Guadix aparece ahora editada por partida doble, en el breve espacio de dos años. Es, desde luego, un hecho singular y significativo. Durante las últimas décadas, la historia, junto con las demás ciencias sociales, ha explorado exhaustivamente el problema del «otro», y de la construcción de la identidad y de la alteridad. Basado a menudo en la cuestión de la representación, este largo trabajo ha encontrado en la frontera entre cristianismo e islam un lugar privilegiado de estudio. La imagen de los turcos en la historiografía europea, la imagen del Norte de África y de los norteafricanos en España, la imagen del morisco en la literatura española, las polémicas religiosas, etc., se han convertido en temas muy familiares, que han permitido elaborar un *corpus* de conceptos bien conocidos y difundidos, convertidos a menudo en tópicos. Una de las principales virtudes de este esfuerzo ha sido, me parece, insistir en la idea no esencialista de construcción dinámica de la identidad, lo que constituye un precioso valor intelectual y político.

Sin embargo, un texto tan importante como el de Guadix ha permanecido inédito hasta ahora, y ello nos enfrenta a las contradicciones de algunos de